

JEAN-CLAUDE GRUMBERG

Es autor de teatro y guionista de cine y de televisión. Se le ha considerado “el autor trágico más divertido de su generación”. Nacido en 1939, su padre y su abuelo murieron al ser deportados. En 1968 empezó a escribir teatro con *Demain une fenêtre sur rue*, y desde entonces ha escrito más de treinta y cinco obras. Es uno de los pocos autores dramáticos contemporáneos vivos de la escena francesa que se estudia en los liceos, particularmente su obra *L'Atelier*.

En cine ha sido coguionista de François Truffaut en *Le Dernier Métro* y guionista particularmente de Costa-Gavras.

A lo largo de su trayectoria ha recibido numerosos premios, como el Grand Prix de l'Académie Française, el Grand Prix de la SACD por el conjunto de su obra, el Prix de littérature de la Ville de Paris, además de ocho premios Molière. También ha recibido dos premios del Sindicato de la Crítica y un premio César de la Academia Francesa al mejor guión por *Amen*, de Costa-Gavras.

Ha sido condecorado Chevalier de la Légion d'Honneur y Commandeur des Arts et des Lettres por el gobierno de la República Francesa.

La ignorancia siempre sirve de punto de partida para algún tipo de odio: odio a lo que no se conoce, o se conoce a través de tópicos; por ahí empieza Jean-Claude Grumberg, que como ya había hecho en otra “tragedia”, *Hacia ti, Tierra prometida*, se ocupa en desentrañarlos y levantar el velo de lo que ocultan: desconocimiento. Ahí radica la conexión del vecino que entabla una conversación de escalera con el personaje judío de *Serlo o no. Para acabar con la cuestión judía*. Es pura ignorancia, simple incultura lo que alimenta su prejuicio contra los judíos; y podemos trasladar perfectamente la ecuación de los términos: cámbiese judío por cualquier “otro” diferente, el que no es como nosotros, el que tiene algo superficial o interior que lo “desigual” de la normalidad. Son muchas las ocasiones en que esa “diferencia” interesa: es una oportunidad para sacarle una renta personal, una utilidad, como la historia demuestra. Grumberg hace hablar a esos dos vecinos con un lenguaje escueto, cortante, sin las apoyaturas y cumplidos que tradicionalmente exigen esos encuentros de escalera; no hay concesiones para el lenguaje, ambos van directamente al grano, y esa forma seca y

cortante de trato sirve para plantear con más crudeza los tópicos que *Serlo o no* debate.

Ese vecino desconoce todo, pero ante el término judío reacciona sumándose a una corriente que arrasa la conciencia europea desde la Edad Media, cuando la etnia judía fue perseguida y expulsada prácticamente de Europa. Se creó entonces un estereotipo que equiparaba al judío con el Mal en toda su amplitud; convertido en sinónimo del Maligno por excelencia, no tardó en oler a chamusquina, porque para él se encendieron hogueras por todas partes; y no sólo las religiosas de la Inquisición; los jueces laicos también prestaron sus potros de tormento y fueron con sus hachones a prender las piras de leña con sus condenas, porque la identificación del judío con la maldad absoluta había echado raíces. El tiempo difuminó con el paso de los siglos los presuntos argumentos: en origen, la diferencia, el miedo larvado a lo distinto; luego, motivos económicos que la religión imperante no tuvo inconveniente en justificar contra “los crucificadores del Cristo”. El germen quedó ahí, en el subconsciente europeo, dispuesto a brotar en cuanto saltase una chispa. Que ha saltado con demasiada frecuencia, de forma soterrada o sin máscara: por poner ejemplos más o menos recientes: el *affaire* Dreyfus en la Francia de la *Belle Époque*, en la Rusia soviética y, ya como culminación cruenta, el cataclismo genocida perpetrado por la Alemania nazi que ha deja-

do las imágenes más devastadoras de los límites a los que puede llegar la sinrazón humana.

Grumberg, heredero de ese Holocausto, nieto de aquellos campos de concentración, no da lecciones de moral ni aburre contando historias ni tragedias: deja que su vecino de escalera vaya desgranando sus tópicos, sus ignorancias; se limita a oponer a una retahíla de suposiciones y seguridades que han corrido de boca a boca a través de los siglos, un humor que distancia las cuestiones planteadas y trata de poner de cara a la pared las incoherencias del vecino; en su ignorancia, éste sólo tiene claro la palabra judío, que en su mente debe ir adornada de los mil crímenes que le adjudicaban unas disparatadas acusaciones hechas desde los púlpitos contra la “raza maldita”. Este vecino lo confunde todo porque no sabe nada: embrolla la nacionalidad con la etnia, la esencia de la religión con la del kárate, las prohibiciones de la religión musulmana con los vetos de la judía; la lengua francesa que habla es simple, vulgar, con leves incorrecciones, utilizando en alguna ocasión un argot que denuncia su pertenencia a un ambiente de cultura escasa; y plantea preguntas cuyo sinsentido casi nos permite oír a Vladimir y a Estragón en *Esperando a Godot*. Es la ironía con que el personaje judío responde, el suave sarcasmo de sus re-preguntas, su apacible encaje ante las falsas certezas del otro, lo que activa el humor de *Serlo o no*. Porque todas las

cuestiones planteadas por la obra —quizá habría que darle la vuelta al título: no es la cuestión judía lo que se plantea: lo que está en cuestión en la obra, lo que cuestiona *Serlo o no* es el desconocimiento supino de quien se alimenta de mensajes recibidos y asumidos en propia carne sin la menor reflexión. Europa heredó ideas y gestos sobre lo judío, sobre el judío, sin pensárselo dos veces; podría decirse que lo ha incorporado a su ADN, y subyace ahí, sigue estando ahí, dispuesto a saltar. Frente a esa condición genética, de poco sirven los razonamientos; mejor la distancia, el humor, la ironía, que dejan en ridículo razonamientos tan desazonados y vacuos como los de ese vecino que, siguiendo su línea de irreflexión, querrá hacerse judío. De pacotilla, claro, porque no puede ser de otra forma en un personaje que, sin el menor discernimiento, está dispuesto a afiliarse a la primera razón o sinrazón que pase por su puerta. Grumberg lo subraya, desnuda y deja en cueros su ignorancia, demostrando con una sorna considerable habitual en sus obras que el miedo al Otro engendra monstruos.

MAURO ARMIÑO

Esta comedia de Grumberg, redactada en plena madurez y estrenada con gran éxito en el Teatre Lliure de Barcelona, presenta, como característica más importante, la calidad de tener un amplio espectro de lecturas. Tanto el pretexto como el tema principal están dirigidos a “la cuestión judía”, como reza el subtítulo de la obra; pero, como tema general, podría decirse que se trata, por una parte, de la necesidad que tenemos los humanos de formar parte de un grupo, de querer pertenecer a alguna comunidad, una fe religiosa, una patria, una organización, una ideología, etc.; y, por otra, de la manera de salvarse de los peligros inherentes al grupo donde el azar nos ha situado al nacer.

Efectivamente: todos tenemos horror a no compartir nada, a no formar parte o simplemente a no ser simpatizantes de lo que sea (ya se trate de un equipo de fútbol o de un partido político), a no participar de los mismos ideales, a vernos lanzados a la soledad de los individuos sin compañía.

Los dos personajes de esta obra, a los que el autor no ha querido dar ningún nombre, son dos vecinos de la misma escalera; representan

los dos polos opuestos donde podemos situarnos, sea cual fuere el grupo al que decidamos pertenecer. Uno de los personajes es judío por nacimiento; pero resulta que, además de haber nacido judío, está dotado de un talento muy particular: el de saber racionalizar y objetivar su pertenencia a la raza y a la religión a las que el azar le ha lanzado en la existencia, en lugar de abrazarlas irracionalmente. Acepta la raza porque no es una característica que se pueda negar. Y, por lo que a la religión se refiere, su lucidez le hace considerarla con un gran sentido crítico.

El otro personaje, que no es judío, muestra la necesidad a que me he referido antes: la de pertenecer a algún grupo, no sabe muy bien a cuál, y se dispone a elegir uno. En gran parte gracias a la influencia de su esposa —que se pasa el día navegando por Internet para intentar averiguar la esencia de la condición judía—, así como también gracias a las conversaciones que tiene con su vecino judío, siente la morbosa necesidad de saber en qué consiste ser de un grupo determinado; en este caso, saber en qué consiste ser judío. Y al final se lanza irracionalmente a serlo.

El peligro del que Grumberg nos advierte (muy indirectamente, claro, porque estamos frente a una obra de arte y no ante un ensayo filosófico o social) es, sobre todo, el que supone abrazar una fe o una identidad cualquiera de una manera ciega, sin la intervención de la

razón, el de la objetivación e incluso del escepticismo, por lo menos de ese escepticismo nacido de la conciencia de hasta qué límites puede llegar la locura humana, de hasta qué punto nos movemos por el mero deseo de formar parte de alguna masa, y, por consiguiente, de hasta qué punto hay que evitar todo eso con tal de poder ser genuinamente uno mismo. Por esa razón, el primer personaje, sin dejar nunca de ser quién es y, por lo tanto, sin perder su identidad, se salva, mientras que el otro, que posee muchas características típicas de la irracionalidad, cae en el abismo acrítico de pertenecer al judaísmo y hacerse circuncidar. Precisamente porque el primer personaje es lúcido, tiene la capacidad de ver con claridad el conflicto con los árabes de una manera algo crítica y objetivada, de la misma manera que es capaz de emocionarse enormemente con el recuerdo del holocausto en el que fueron sacrificados los judíos durante la Segunda Guerra Mundial. Así pues, una fe religiosa, una patria, una identidad o lo que sea, sin la ayuda de la razón y sin el rechazo de la locura que tan a menudo afecta a la naturaleza humana, pueden dejar de ser lo que prometen, una salvación, para convertirse en una fantasía que deja la mente encadenada, el espíritu anquilosado y la libertad inaccesible.

Grumberg nos lleva hasta ese mundo con una ironía y una inteligencia que aprovecha los logros del teatro del absurdo y lo trascien-

de a base de otorgar un sentido pleno a cada frase y a cada escena. Es, pues, básicamente por la forma, por lo que *Serlo o no* resulta una obra innovadora que, además, nos divierte y nos enseña —que es lo que nos promete el arte desde tiempos inmemoriales cuando llega a sus cimas más altas—, como en el caso de la obra que nos ocupa.

Salvador OLIVA
Traductor de esta obra al catalán
para Pagès Editors

Me siento muy feliz de poder ofrecer al público la posibilidad de descubrir a Jean-Claude Grumberg, gran autor de teatro, conocido y reconocido —más de treinta y cinco obras (ocho premios Molière, un premio César, premio de la Academia Francesa, etc.), todas ellas estrenadas con gran éxito en Francia y en el mundo entero, de Estados Unidos a Japón, de Canadá a Argentina, de Rusia a Corea del Sur, pero todavía no representado nunca en España. En abril del 2013, Jean-Claude Grumberg, en un almuerzo en Saint-Germain-des-Près, me ofreció el texto de *Serlo o no*, que, recién salido de la imprenta, aún no había llegado a las librerías. Al final de la tarde de ese mismo día le dije, lleno de entusiasmo, que quería montar la obra y que eso sería en octubre del 2014. Por razones que no vienen al caso, no pudo ser; pero en octubre del 2015 lo fue en Barcelona, en el Teatre Lliure, en catalán, y

ahora, en septiembre de 2016, en Madrid, en el Teatro Español en lengua castellana. *Serlo o no* es una obra construida a partir de un pretexto que consta de varias conversaciones entre dos vecinos de una misma escalera, de horizontes, conocimientos y creencias antagónicos. Un día, uno de esos vecinos, empujado por su mujer, adicta a Internet, le pregunta: “¿Es usted judío?”; y he aquí que esta pregunta desencadena una avalancha de otras preguntas, de otras cuestiones que pretenden saber qué es un judío. Preguntas que pueden encadenarse de forma interminable para tratar de resolver una cuestión difícilmente accesible, y que, en la discusión entre los vecinos, Grumberg baña siempre en un tono de comedia sin mermar un ápice el rigor de los planteamientos.

En esas conversaciones palpita de manera subyacente el tema de la identidad, como el verbo del título ya indica: la identidad colectiva y sobre todo la personal, junto con la tolerancia. Temas recurrentes en toda la obra de Jean-Claude Grumberg, que —anclada en la actualidad más inmediata— evoca siempre la memoria histórica para discernir la violencia o el absurdo del presente. Teatro político en clave de comedia. Tal como vemos en la tendencia de la dramaturgia actual: volver a escribir obras no ya sobre la política, sino directamente sobre los políticos en activo con nombre y apellido. En la obra de Jean-Claude Grumberg, de la misma manera que la pintu-

ra figurativa actual ha aprendido mucho de la pintura abstracta, *Serlo o no* es una obra que ha aprendido mucho del teatro del absurdo y lo ha superado después de haberse enriquecido con su experiencia. Jean-Claude Grumberg, por medio de un incisivo diálogo entre los dos personajes y a través de un humor irresistible e inteligentísimo, nos lleva a interrogarnos sobre los temas más importantes de la condición humana: el compromiso ético, social y moral con uno mismo, con propios y extraños, con la lengua, la cultura, la historia. ¿De dónde somos? ¿Quiénes somos? ¿Qué somos?

Josep Maria FLOTATS

FICHA ARTÍSTICA

Intérpretes:

VECINO 1: Arnau Puig

VECINO 2: Josep Maria Flotats

Traducción del francés: Mauro Armiño

Escenografía: Alejandro Andújar

Iluminación: Albert Faura (a.a.i.)

Interpretación musical: Dani Espasa

Ayudante de Dirección: Pep Planas

Coproducción: Taller 75 y Teatre Lliure

Dramaturgia, versión y dirección:

Jospe Maria Flotats

I

- 1: ¿Qué? ¿Todo bien?
- 2: Muy amable, gracias.
- 1: Soy su vecino de abajo, ¿me reconoce?
- 2: Por supuesto, claro que sí...
- 1: ¿Tiene un segundo?
- 2: Por supuesto.
- 1: No le entretendré mucho.
- 2: Le escucho.
- 1: ¿Es usted judío?
- 2: ¿Perdón?
- 1: Lo he visto en Internet.
- 2: Ah, si está en Internet, entonces sí, sí.
- 1: Me gustaría saber qué es.
- 2: ¿Qué es qué?
- 1: Sí, qué es exactamente.
- 2: ¿El qué?

- 1: Judío.
- 2: ¿?
- 1: Por todas partes oigo “judío, judío, judío”, y no consigo saber qué es, y como resulta que somos vecinos... Usted es, por así decir, mi vecino de abajo, ¿no?
- 2: Por supuesto.
- 1: Y, como, además, usted lo es...
- 2: ¿Perdón?
- 1: Judío, usted lo es, está en Internet.
- 2: Por supuesto, por supuesto.
- 1: Pues me he dicho, que entre vecinos...
- 2: ¿Sí?
- 1: Tal vez podría darme alguna pista.
- 2: ¿Alguna pista?
- 1: Sin molestarse demasiado, sin entrar en detalles.
- 2: Con mucho gusto, pero...
- 1: ¿Pero?
- 2: Es que así, a boca jarro, sin documentación, yo...
- 1: Sí, sí, ya veo.
- 2: Puedo recomendarle algunos libros.
- 1: ¿Libros?
- 2: Para leer.
- 1: Ya lo sé, ya sé que los libros son para leer, gracias.

- 2: ¿Perdón?
- 1: ¡Ya me lo habían dicho!
- 2: Le habían dicho, ¿qué?
- 1: Cuando se trata de hacer un favor, sobre todo a un no judío, los judíos...
- 2: ¡No, no, no, no! ¡Permítame!
- 1: No se esfuerce, lo he entendido, se lo aseguro.
- 2: Perdón, pero ahora temo...
- 1: Que ya lo he entendido, ¿está claro?
- 2: A ver, una vez más, ¿qué ha entendido?
- 1: Eh, eh, más despacio, ¿eh? ¡Y en otro tono!
- 2: Perdona, pero realmente ahora soy yo el que no entiende.
- 1: ¿Es usted el que no entiende?
- 2: Por supuesto que no.
- 1: ¿Me está tomando el pelo o qué?
- 2: Claro que no, apenas nos conocemos.
- 1: OK. ¿Cuánto tiempo hace que nos cruzamos en la escalera, buenos días, buenas noches, sonrisa, sonrisa, ¿qué tal?, ¿qué tal?
- 2: Hombre...
- 1: ¿Acaso le he pedido algo alguna vez, lo que sea?
- 2: No, por supuesto.
- 1: Mientras que yo, cuando paso por el vestíbulo y veo su buzón a rebosar...

- 2: ¿Mi buzón?
- 1: ¡Soy yo el que se las meto dentro!
- 2: Perdón, me mete dentro, ¿qué?
- 1: ¡Las cartas, sus puñeteras cartas! ¡Para que no estén por el suelo, porque siempre se levanta usted a unas horas!
- 2: Ah, no lo sabía, lo ignoraba; en ese caso, gracias, muchas gracias.
- 1: No tiene que darme las gracias, es algo normal, natural, humano entre vecinos, la ayuda mutua, la solidaridad; pero usted: ¡libros! ¡Sea sincero al menos!
- 2: ¿Qué quiere decir?
- 1: ¡Diga que eso no es asunto mío!
- 2: ¿Por qué iba a decirle eso?
- 1: ¡Diga que quieren guardar sus pequeños secretos entre ustedes!
- 2: ¿Qué secretos, Dios mío?
- 1: Por si quiere saberlo, a mí me importan un comino los judíos y los... Es a mi mujer a la que le preocupa; ella mira la tele, lee los periódicos, se queda enganchada a Internet, y siempre me dice: “¡Sólo hablan de ellos!”
- 2: ¿De ellos?
- 1: ¡De los judíos! ¡Sólo de los judíos!
- 2: ¿De veras?
- 1: “¿Qué es, quiénes son?”, me pregunta. Y yo, pobre imbécil, no sé qué responderle. Por

eso se lo pregunto a usted, por ella, ya que somos vecinos, como un favor, entre hombres por así decir, porque ella, ella no se atreve a abordar a su esposa...

2: ¿Mi esposa?

1: Le parece presuntuosa.

2: ¿Ah, sí?

1: Entonces yo le he dicho que, por lo menos usted, no parecía serlo.

2: Perdón, pero en eso se equivoca.

1: ¿Me equivoco?

2: Es mi mujer la que no lo es.

1: ¿Su mujer no lo es?

2: Mi mujer no, en absoluto.

1: Sin embargo, lo parece.

2: Pues no lo es en absoluto.

1: Mi mujer no tiene esa opinión.

2: Bueno, ¿y qué dice Internet sobre mi mujer?

1: Internet no dice quién es presuntuoso y quién no, sólo dice quién es judío.

2: Precisamente.

1: Precisamente ¿qué?

2: Mi mujer no lo es.

1: ¿Presuntuosa?

2: No, judío, quiero decir, judía.

1: ¿Y usted?